

¿Decirle lo que pasaba á la señora Magdalena? ¿quejarse con ella? Imposible. Julia era demasiado buena hija para causar la desgracia de su madre, y calló.

Pero temia encontrarse á solas con Pedro Juan, temia comer á su lado; la pobre jóven pensaba en filtros, y en hechizos, y en bebedizos, de esos de que tanto se hablaba en aquellos tiempos, y que segun decian, los vendian las brujas á precio de oro, y bastaban por sí solos á rendir la virtud mas firme.

Julia en todo temia que Pedro Juan le diera algo de hechicería, porque él en uno de sus raptos de furor, llegó á amenazarla con hacer uso de malas artes.

Sin embargo, los dias pasaban y Pedro Juan no usaba de las malas artes, no mas seguia molestando á la jóven.

La señora Magdalena habia llegado ya á maliciar algo, y para estar mas segura llamó á Julia y procuró, con disimulo, hacerla confesar, sin excitar en ella sospechas terribles si no era cierto lo que pensaba, y sin descubrir sus celos, si por desgracia habia en todo ello un fondo de verdad.

Julia comprendió que su madre sospechaba algo, y procuró desvanecer aquellas sospechas, sin conseguir mas con aquella conducta que hacer mas desgraciada á la señora Magdalena, porque la pobre mujer llegó á suponerse que si su hija no correspondia al amor de Pedro Juan, por lo menos lo escuchaba con agrado.

Desde aquel dia el corazon de la señora Magdalena fué el campo de una terrible lucha de pasiones; los celos, el amor de su hija, algunas veces la ira, otras la tristeza y el decaimiento mas profundo, la desesperacion, la esperanza.

El corazon de aquella infeliz mujer se volvió el infierno; estaba celosa de su hija.

La señora Magdalena se volvió suspicaz y maliciosa, siem-

## III.

## Nubes tempestuosas.

PEDRO Juan de Borica recibió con disgusto profundo la indicacion de Don Justo para contraer matrimonio con Julia, porque Pedro Juan tenia fija siempre en su imaginacion la idea de hacer suya á Julia, y hasta entonces nada habia podido conseguir.

Sin embargo, esto no dependia de que Pedro Juan hubiese pecado por timidez; habia declarado ya su amor á la doncella, y habia recibido, como era natural, un terrible desengaño; pero él nunca se habia desanimado; la constancia le parecia un medio seguro para lograr el objeto que anhelaba, y no pasaba un solo dia en que no hiciera alguna indicacion á la jóven, indicacion mas ó menos atrevida, segun se presentaba la oportunidad.

Julia vivia en un verdadero martirio; odiaba ya profundamente á aquel hombre y le temia; pero por mas que meditaba, no le era posible salir de aquella triste situacion.

pre procurando vigilar á Julia, siempre procurando saber en dónde estaba Pedro Juan, siempre temblando de que estuvieran juntos, y sin poder hablar, y sin poderles decir una palabra, porque aun no tenia completa seguridad, aun no pasaba todo aquello de celos y de sospechas.

Solo Pedro Juan, el único culpable, estaba tranquilo, esperando con paciencia la llegada de lo que él llamaba «su día,» poniendo todos los medios para conseguir su objeto, y sin comprender la tempestad que se formaba dentro de su misma casa, sin sentir el ojo vigilante de la señora Magdalena, sin ver que la hija y la madre se iban separando insensiblemente.

Pedro Juan, al saber la pretension de Don Justo, determinó precipitar los acontecimientos para hacerse dueño de Julia.

La señora Magdalena vió en la peticion de Don Justo un modo de salvar la situacion.

Así pues, Don Justo vino á ser la chispa que encendió el reguero de pólvora.

En la tarde de aquel mismo dia, la señora Magdalena llamó á su hija y se encerró con ella en su estancia mientras que Pedro Juan habia salido.

—Julia—la dijo—necesitamos hablar ahora de un negocio muy grave y que afecta tu porvenir.

—Os escucho, madre mia—contestó Julia.

—Julia, tú estás ya en edad de tomar estado; yo soy tu madre y tu único amparo sobre la tierra, y siento, á pesar de mi aparente robustez, que mi vida se agota.....

—¡Oh, madre mia! por Dios, no me digais eso.....

—¿Por qué no te lo he de decir? Yo declino en la vida; dejarte abandonada seria para mí el mayor tormento en la última hora; sin parientes, sin amigos, ¿qué seria de tí?.....

—Madre mia, aun hay tiempo de pensar en eso.

—Nunca se puede tener segura la existencia, y nadie puede disponer con seguridad del dia de mañana, y menos á mi edad y cuando se siente que la existencia se agota: Julia, tú debes casarte, y pronto.

—¿Casarme, y pronto, madre mia? ¿por qué?

—Ya te he dado mis razones, además de otras que me reservo y que no son por cierto las menos importantes: esta tarde ha venido aquí un caballero de la ciudad á pedirme tu mano; es noble, rico, honrado.

—Pero, madre mia, si yo no quiero casarme.....

—No siempre se hace en el mundo lo que mas agrada, sino lo que conviene mas á la honra y á la salud del alma.

—Madre mia—dijo Julia, espantada del tono de aquellas palabras—¿qué quereis darme á entender?

—Yo me entiendo, y quizá, por desgracia, tú tambien me comprendes. Julia, es preciso que te cases.

—Señora, por Dios, no alcanzo el sentido de vuestras palabras, que debe ser horrible; pero yo no quiero casarme.

—¿Y quieres decirme por qué?—exclamó levantándose la señora Magdalena pálida de furor, porque la idea de que Julia tenia amores con Pedro Juan se presentó entonces con mas fuerza á su alma.

—Madre, ya lo sabeis—exclamó temblando Julia—ya lo sabeis, y no podria ocultároslo; porque amo á otro hombre.

—Lo conozco demasiado—gritó la señora Magdalena tomando convulsivamente á Julia de una mano—lo sé, lo he adivinado, porque eres una mala mujer y una hija infame.

—Madre!—gritó Julia aterrada.

—No me digas madre, porque yo no soy tu madre, porque yo no pude haber dado el ser á una mujer como tú,

porque si tú fueras mi hija no te hubieras atrevido á tanto conmigo; no eres mi hija.....

—Señora, señora—exclamaba Julia llorando y arrastrándose de rodillas á los piés de la señora Magdalena—por Dios, explicaos!

—Dejadme, señora, dejadme, mujer; no, tú no eres mi hija, porque si lo fueras, no te hubieras atrevido á mantener infames y criminales amores con el marido de tu misma madre.

—¡Jesus me ampare!—exclamó Julia soltando el vestido de la señora Magdalena, que tenia asido, y levantándose como loca.

—¡Miserable! miserable! tú no eres mi hija, y si lo eres, yo te maldigo.

—¡Jesus!—gritó Julia, y cayó desplomada, rebotando en el piso su hermosa cabeza.

En este momento se abrió la puerta y se presentó Pedro Juan, pálido y convulso.

—¡Villano!—le dijo la señora Magdalena mostrándole el cuerpo inmóvil de Julia—¡he ahí vuestra obra! yo os desprecio!

Y salió del aposento como arrebatada por un torbellino.

Pedro Juan quedó como una estatua de mármol, inmóvil, contemplando á Julia desmayada y sin atreverse á socorrerla.

Largo tiempo se pasó así, hasta que Julia lanzó un suspiro y se incorporó, paseando por todas partes su mirada vaga, y llevándose despues las manos á la cabeza.

—¡Dios mio!—exclamó la jóven como hablando consigo misma—¡he soñado? ¿qué ha sido de mí? ¿en dónde estoy? ¿qué ha pasado? yo hablaba con mi madre..... y luego se enojó..... ¿y por qué?..... dizque yo tenia..... ¡oh, no,

Dios mio! qué sospecha tan cruel!..... y luego me maldijo..... ¡ah!.....

Y Julia lanzó un grito, porque sus miradas acababan de encontrar á Pedro Juan, que la contemplaba inmóvil.

—¡Ah!—dijo levantándose—¿sois vos, que os gozais en mi desgracia? ¡Ah! por vos mi madre sospecha de mí, por vos me desconoce, por vos, por vuestra causa, estoy maldita, maldita, maldita!.....

Y la jóven como loca repetia: « maldita! » « maldita! »

—¡Ah! pero vos no lo consentireis—continuó con exaltación;—yo os lo ruego, os lo pido de rodillas.

—¿Pero qué quereis que haga?—dijo conmovido Pedro Juan.

—Os lo suplico—continuó Julia arrodillada delante de él—os lo ruego por Dios, por la memoria de vuestra madre; id, id, decidle todo, confesadle la verdad; contadle que yo jamás he oido vuestros galanteos, que no os he amado nunca, que os detesto..... id, id, por Dios, por Dios, mirad que la maldicion de mi madre quema mi frente, me está matando..... ¿no lo veis?

—¿Pero no comprendéis que á mí no me creerá?.....

—¡Ah, señor! convencedla, vuestra verdad la convencerá: ¿por qué no os moveis? ¿por qué? ¡Ah, Dios mio! mirad, os lo pido por Dios; ¿no teneis corazon? ¿no decís que me amábais? ¿por qué no quereis salvarme? convenced á mi madre, convencedla, y mi gratitud será eterna, y seré vuestra esclava..... ¿y qué mas quereis?.....

—Voy á probarlo, Julia; pero en estos momentos nada conseguiremos; ¿por qué no esperar á que se calme?

—Porque no puedo sufrir esta mancha y esta maldicion, porque me volveria loca.....

La puerta se abrió y un lacayo penetró en la estancia.

—¿Qué quieres aquí?—preguntó indignado de aquel atrevimiento Pedro Juan.

—Perdóneme usía; la señora me manda entregarle esta esquela en el momento.

Pedro Juan recibió la esquela, y dijo al criado:

—Retírate.

El lacayo salió, Pedro Juan abrió la carta, y Julia escuchó su lectura con los ojos saliéndosele de sus órbitas.

« Señor: »—decía la carta.

« No puedo permanecer bajo el mismo techo que mi esposo y la mujer que me ha ofendido; os abandono á los dos á vuestros remordimientos.

« MAGDALENA. »

—Esto es imposible—exclamó Pedro Juan lanzándose fuera de la estancia.

—¡Oh! exclamó Julia—yo soy, aunque inocente, la causa de todo, yo la maldecida, yo la que no debo permanecer aquí.

Y saliendo de la estancia, bajó precipitadamente la escalera y llegó hasta la mitad de la calle.

Comenzaba ya á oscurecer.

## VI.

### La maldecida.

JULIA, como una loca, comenzó á atravesar calles desconocidas para ella; miraba con asombro á cuantos la encontraban, y pasaba esquivando su rostro de cualquiera luz.

¿Adónde iba? no lo sabia ella misma; pero caminaba sin descansar.

La noche avanzaba, las calles iban quedando desiertas, y Julia, estenuada de fatiga y de sed, se dejó caer cerca de una puerta en un callejon triste, oscuro; hubiera querido dormir, morir, desmayarse, en fin, perder por un momento la memoria, la conciencia de su situacion; pero no podia.

Tenia deseo de andar, de correr, pero no podia ya dar un solo paso, y se resignó á permanecer allí.

Procuraba encontrar en su mente alguna idea que la iluminara para hallar un amigo, un refugio, y no encontraba ni un nombre conocido que viniera en su ayuda para alentarla.